

**DE LAS COMUNIDADES**  
**LA VIDA EN LAS VUELTAS: UNA GRAN ESPERANZA**  
**Y UN GRAN AMOR**

Desde Las Vueltas, una de las repoblaciones en Chala-tenango, nos ha llegado el relato que publicamos a continuación. Es un relato de la vida real, de lo que ocurre un sábado y un domingo cualquiera. Sólo hemos añadido los encabezados tomados del capítulo 65 de Isaías, en que el profeta nos cuenta el sueño de Dios para su pueblo. Ojalá se les permita a estos campesinos poder vivir en paz, poder construir su comunidad y poder ofrecer su ejemplo, como levadura, a un país tan necesitado de trabajo, justicia y paz.

**"Trabajarán el campo y comerán de sus frutos"**

Hoy es día sábado, 12 de diciembre. Son las cinco y media de la mañana. Aún no ha amanecido, pero ya comienza a clarear el día. Las mujeres son las primeras en movilizarse. Llegan con sus cántaros a los chorros. "Buenos días, niña Santos. Está heladito. ¿y cómo pasó la noche Chepito?". "Amaneció más alentadito. Gracias". Así comienzan los primeros gorjeos de esta población.

Al ratito, puño de mujeres llegan a la bodega a recoger carretillas, peines de hierro, escobas y palas, y en grupos comienzan la limpieza del pueblo. Semana a semana, mujeres y cipotas se dedican a asear la población. Lo hacen con entusiasmo, pero también se desesperan. "Mire usted. De nada sirve. Una que barre y el animalito -estos cuches desvergonzados- ya le están dejando sus puchos", dice una señora desesperada. Y es verdad, pues en dos meses -gracias a Dios- el animalero ha aumentado considerablemente. Antes sólo había seis

tuncos y unas pocas gallinas, pero hoy, entre los empedrados de las calles, siempre hay piaras de tuncos, gallinas con sus polluelos, chuchos y hasta dos gatos, que las ensucian. Estas son las alegrías y las penas de estos campesinos que repueblan Las Vueltas. Otra señora tiene otra preocupación. "Fíjese que yo me traje del Zapotal a esta gata ¿y qué? Sólo le gusta alzarse al tejado de la niña Hilda y allá se queda, rezongona. Y a uno ni le vigía las ratas". La solución ha sido atar a la gata a una banqueta con una pita.

Ya son las siete. El sonido de la campana llama a los hombres y a los niños. Todos se juntan para comenzar los diferentes trabajos. Varios cipotes de diez y doce años marchan felices para las hortalizas. En sus manos llevan cuatro regaderas de hojalata. "Son nuevecitas", dicen, "y mucho nos alivian a la regada". Los repollos ya están a punto de florecer. Las cebollas esperan a ser replantadas. Pepinos, tomateras, ajos, todos maduran en la tierra, esperando convertirse en el sustento de la comunidad. Una veintena de hombres con sus manos encallecidas contemplan las hortalizas. Han crecido con su esfuerzo, pues esas manos, ayudadas por los dedos inseguros de los niños, han ido encauzando el agua que llega de la montaña en canales hasta las hortalizas. "Abrí la trampa", gritó alguien, y yo no sabía a qué se refería. Pero al punto, allá donde están los cipotes, veo que llega un gran chorro de agua que va llenando un gran hoyo. La fuerza del agua es poderosa y Lucho, un cipote de doce años, grita: "Ponele dos piedras, cerrá por ahí". Y así, improvisadamente, colocan las espuestas y por un trozo de poliducto van llegando sus regaderas y botando, como lluvia reparadora, el agua a las plantas. En este trabajo seguirán hasta las cuatro de la tarde. Unos limpian el terreno de malas hierbas y otros las abonan. Pero todos las contemplan ansiosos pues con su esfuerzo y la ayuda el Señor, como ellos siempre lo invocan, saben que podrán alimentar a esa gran población.

## "Edificarán casas y las habitarán"

Son las once de la mañana. Llego a La Ceiba y observo que ya hay varias casas levantadas. Los cimientos son de madera y ya han echado el tejado de lámina o de teja. Antes, las casas tuvieron que soportar los bombardeos y las balas. Un señor nos dice lleno de orgullo, pero también con algo de preocupación: "Aquí como 103 familias vamos a vivir. Pero nos apremia la tarde, pues sólo que vivamos aquí la Cruz Roja va a traer los poliductos para la traída del agua. Y aquí no hay de otra. No hay río. Por eso necesitamos con urgencia el agua".

Ante todo esto, es bello -pensaba yo- contemplar el esfuerzo de ancianos y niños, de hombres y jóvenes, todos a una, levantar sus nuevos hogares. Los recuerdos dolorosos nunca se alejan, pero en sus vidas amanece un nuevo día y la mejor expresión es la construcción de sus nuevas casas, donde volverá a resurgir la alegría, el amor, la lucha por sobrevivir y mejorar, la familia y sus relaciones. Pero ahora todo esto está marcado no ya por el dolor, sino por los nuevos valores de solidaridad entre hombres y mujeres, por la fuerza de la unión.

Al ratito veo que dejan su tarea. Es que se acerca por el camino un grupo de mujeres y varios niños. En sus manos traen cebaderas y atadillos. Es el almuerzo de los suyos. Se saludan. Y todos, apoyados en los troncos de mango o de zapote y ceibas, entre risas y alegrías, con miradas agradecidas a los que han llegado, comen su tortilla con frijoles. Con humor comenta un señor: "Sólo molidos se dejan comer, pues bien duros que están".

Son ya las cuatro de la tarde. A diez minutos del pueblo se encuentra un campo de fútbol. Hace calor. Pero los jóvenes cambian su azada y su martillo por una pelota y van a tener un juego. Otro grupo de jóvenes que viven en un pueblo vecino los han retado y han aceptado el reto. Varios hombres y cipotes van a contemplar el juego. Los jugadores no parecen cansados, a

pesar del esfuerzo de ocho horas de trabajo, y corren por el campo tras la pelota. Ya han plantado unas porterías con cañas de bambú, aunque todavía no tienen redes. Varias veces tuvieron que ir a recoger la pelota a un barranco cercano. Pero la alegría es inmensa. Al primer gol hay gritos de entusiasmo. Los jugadores se abrazan y todos reímos. El correr tras una pelota después de ocho horas de trabajo es otra manifestación de vida.

Al mismo tiempo, los molinos no paran en el pueblo. Hay que preparar la cena y aún no han hecho la masa. Los niños juegan en la calle. Las mamás, unas encienden los fuegos, otras llegan del río con sus tanates repletos de ropa, cobijas, etc. Han pasado horas en el río, lavando ropa y lavándose ellas, mientras platicaban unas con otras. El sol ya ha secado parte de la ropa y ahora la ropa está calentita, con olor a sol.

### **"Me alegraré por mi pueblo"**

A las siete de la noche, un grupo de hombres y mujeres se reúne bajo la luz de una lámpara Coleman. Es la reunión de la directiva que anima, sirve y dirige a la comunidad. Es que si algo tienen claro estos campesinos, si algo han aprendido en sus largos años de sufrimientos, es que son y deben ser comunidad, deben ser pueblo.

Antes que nada eligen un moderador y hacen la agenda para la reunión. Esta vez la agenda tiene tres puntos: 1) informaciones, 2) celebración de la navidad y 3) varios. En las informaciones hay algunas quejas de vecinos de la población que están molestando por las quemas de terrenos. Otros se quejan de que alguien les hurtó alguna cosita. Otras informaciones vienen de hermanos de otras repoblaciones.

Pero el tema central de la reunión es la navidad. "Hay que celebrarla con alegría, justicia y paz. Y todos unidos". "La comida debe ser colectiva para la población y para cuantos nos visiten: tamales, café y pan". "Y baile", dice uno. "Y viejos y payasos",

añade otro. "Y la santa misa", por supuesto. Y así cada uno va dando sus ideas. Alguien comenta: "Pues yo pienso ¿verdad? que los coordinadores deben preguntar a las familias qué es lo que quieren para la navidad. Y así luego nos dicen, pues. Y así hacemos el gusto de todos". De esta forma tan sencilla es como estos campesinos entienden la democracia: recogen los pensamientos del pueblo y los ordenan para satisfacerlos lo mejor posible. Después de estas opiniones tomaron algunos acuerdos y se acabó la reunión. Son ya las ocho y media. Afuera hay silencio y oscuridad, sólo iluminada por las estrellas del cielo. La luna aún no ha salido. "Buenas noches", dice cada uno de los participantes de la reunión, y comienza a caminar cada uno para su rancho.

**"Yo les escucharé... Y no habrá daño en todo mi monte santo"**

Hoy es domingo. A las siete de la mañana grupos de hombres, mujeres y niños salen del pueblo. Limpios, con su mejor ropa, bien peinaditos, marchan hacia El Zapotal. ¿Qué es lo que les mueve? Algunos van allí para conseguir un cuche, una gallinita que diariamente les ponga "un su huevito", o para conseguir tomates o una cebollita para dar sabor a los frijoles. Otros van para hablar con sus amigos, con quienes antes fueron sus vecinos. El camino a El Zapotal se convierte en una avenida, en un paseo en día domingo. Allí se ve la alegría de los que regresan con sus primeras propiedades familiares, la sonrisa de los niños por llevar una camisa o un sombrero nuevo en sus cabezas, contentos porque tienen un dulce o una fruta.

A la tarde, hacia las cuatro, se comienza a oír el repique de varias campanas y la población se concentra en la plaza. En el atrio de la Iglesia está ya preparada una mesa, vieja y despintada, pero cubierta con una manta bordada y adornada con dos botes llenos de flores y una candela. Por el megáfono se escucha la voz algo cascada del celebrador que invita a acercarse a la gente.

Violines y guitarras comienzan a sonar. Un grupo de

jóvenes, al principio inseguros pero después fuertes y animosos, entona la conocida canción, basada en las palabras del Padre Rutilio Grande: "Vamos todos al banquete, a la mesa de la creación. Cada cual con su taburete tiene un puesto y una misión". No hay sacerdote y por lo tanto no hay eucaristía. Pero hay el banquete de la creación, la celebración de su vida diaria delante de Dios. La celebración comienza recordando los hechos de la semana vividos en la comunidad y pidiendo perdón a Dios y a los hermanos por los pecados y debilidades. Después se leen dos pasajes de la Biblia, cuyas enseñanzas para la vida son reflexionadas y comentadas en común. Tres celebradores ayudan y animan a todos a que expresen lo que les dice la palabra de Dios. Después unen sus clamores y peticiones a Dios y le dan gracias también por la vida. Para terminar rezan juntos el Padrenuestro y se dan el abrazo de paz mientras cantan:

"Que tu paz llegue a nosotros  
cuando hagamos brotar la justicia"

Terminada la celebración, los campesinos se van alejando poco a poco hacia sus ranchos provisionales, la iglesia o los soportales. Otros se sientan en la plaza a platicar entre amigos. Los jóvenes platican con las cipotas y los niños corretean jugando. Las mujeres, prestas ya para tortear y freír el arroz, salen para sus casas. Y el Señor, desde arriba y entre nosotros, contempla sonriente la marcha de este pueblo en camino del reino de Dios.